

LA EXCLUSIÓN Y LA ESCUELA: el apartheid educativo como política de ocultamiento

Pablo Gentili

Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) Universidad del Estado
de Río de Janeiro (UERJ) Ponencia presentada el 20 de
setiembre de 2001

Un zapato perdido (o cuando las miradas - saben – mirar)

Aquella mañana decidí salir con Mateo, mi pequeño hijo, a hacer unas compras. Las necesidades familiares eran, como casi siempre, eclécticas: pañales, disquetes, el último libro de Ana Miranda y algunas botellas de vino argentino difíciles de encontrar a buen precio en Río de Janeiro. Luego de algunas cuadas, Teo se durmió plácidamente en su cochecito. Mientras él soñaba con alguna cosa probablemente mágica, percibí que uno de sus zapatos estaba desatado y casi cayendo. Decidí sacárselo para evitar que, en un descuido, se perdiera. Pocos segundos después una elegante señora, me alertó: “cuidado!, su hijo perdió un zapatito”, “Gracias – respondí – pero yo se lo saqué”. Algunos metros más adelante, el portero de un edificio de garage, de sonrisa tímida y palabra corta, movió su cabeza en dirección al pié de Mateo, diciendo en tono grave: “el zapato”. Levantando el dedo pulgar en señal de agradecimiento, continué mi camino. Antes de llegar al supermercado, doblando la esquina de la Avenida Nossa Senhora de Copacabana y Rainha.

Elizabeth, una surfista igualmente preocupada con el destino del zapato de Teo dijo: “o/, mané, tu hijo perdió la sandalia” Erguí el dedo nuevamente y sonreí agradeciendo, ya sin tanto entusiasmo. En el supermercado, los llamados de atención continuaron. La supuesta pérdida del zapato de Mateo no dejaba de generar diferentes muestras de solidaridad y alerta. Llegando a nuestro departamento, Joao, el portero, haciendo gala de su habitual histrionismo, gritó despertando al niño: “Mateo! tu papá perdió de nuevo el zapato”

El sol tornaba aquella mañana especialmente brillante. La preocupación de las personas con el paradero brindaba un toque solidario que la hacía más alegre o, al menos, fraternal. Sin embargo, una vez a resguardo de los llamados de atención, comenzó a invadirme una incómoda sensación de malestar.

Río de Janeiro es, como cualquier gran metrópoli latinoamericana, un territorio de profundos contrastes, donde el lujo y la miseria conviven de forma no siempre armoniosa. Mi desazón era, quizás, injustificada: ¿qué hace del pié descalzo de un niño de clase media motivo de atención y circunstancial preocupación en una ciudad con centenas de chicos descalzos, brutalmente descalzos? ¿Por qué, en una ciudad con decenas de familias viviendo a la intemperie, el pié superficialmente descalzo de Mateo llamaba más la atención que otros pies cuya ausencia de zapatos es la marca inocultable de la barbarie que supone negar los más elementales derechos humanos a millares de individuos?

La pregunta me parecía trivial. Sin embargo, de a poco, fui percibiendo que aquel acontecimiento encerraba algunas de las cuestiones centrales sobre las nuevas (y

no tan nuevas) formas de exclusión social y educativa vividas hoy en América Latina. Y esta sensación, lejos de tranquilizarme, me perturbó todavía más.

Traté de ordenar, en vano, mis ideas.

La posibilidad de reconocer o percibir acontecimientos es una forma de definir los límites siempre arbitrarios entre lo "normal" y lo "anormal", lo aceptado y lo rechazado, lo permitido y lo prohibido. De allí que, mientras es "anormal" que un niño de clase media ande descalzo, es absolutamente "normal" que centenas de chicos de la calle anden sin zapatos y deambulando por las calles de Copacabana pidiendo limosnas.

La "anormalidad" vuelve los acontecimientos visibles, al mismo tiempo en que la normalidad" suele tener la facultad de ocultarlos. Lo "normal" se vuelve cotidiano. Y la visibilidad de lo cotidiano se desvanece (insensible o indiferente) como producto de su tendencial naturalización.

En nuestras sociedades fragmentadas, los efectos de la concentración de riquezas y la ampliación de miserias, se diluyen ante la percepción cotidiana, no sólo como consecuencia de la frivolidad discursiva de los medios de comunicación de masas (con su inagotable capacidad de canalizar lo importante y sacralizar lo trivial), sino también por la propia fuerza que adquiere todo aquello que se torna cotidiano, o sea, "normal".

Expresado sin tantos rodeos, lo que pretendo decir es que, hoy, en nuestras sociedades dualizadas, la exclusión es invisible a los ojos. Ciertamente, la invisibilidad es la marca más visible de los procesos de exclusión en este milenio que comienza. La exclusión y sus efectos están ahí. Son evidencias crueles y brutales que nos enseñan las esquinas, que comentan los diarios, que exhiben las pantallas. Sin embargo, la exclusión parece haber perdido poder para producir espanto e indignación en una buena parte de la sociedad. En los "otros" y en "nosotros" La selectividad de la mirada cotidiana es implacable: dos pies descalzos no son dos pies descalzos. Uno es un pié que perdió el zapato. El otro es un pié que, simplemente, no existe. Nunca existió ni existirá. Uno es el pié de un niño. El otro es el pié de nadie.

La exclusión se normaliza y, al hacerlo, se naturaliza. Desaparece como "problema" para volverse sólo un "dato".

Un dato que, en su trivialidad, nos acostumbra a su presencia. Dato que nos produce una indignación tan efímera como lo es el recuerdo de la estadística que informa el porcentaje de individuos que viven por debajo de la "línea de pobreza". Datos que a todos indignan, pero que rápido se desvanecen.

En nuestras sociedades fragmentadas, los excluidos deben acostumbrarse a la exclusión. Los no excluidos también. Así, la exclusión se desvanece en el silencio de los que la sufren y en de los que la ignoran... o la temen. De cierta forma, debemos al miedo el mérito de recordarnos diariamente la existencia de la exclusión. El miedo a los efectos de la pobreza, de la marginalidad. El miedo a los efectos que produce el hambre, la desesperación o, simplemente, el desencanto.

La selectividad de la mirada temerosa es implacable: dos pies descalzos no son dos pies descalzos. Uno es el pie de un niño. El otro es el pie de una amenaza. (La mirada insegura es blanca. El pie de nadie, el que amenaza, negro) Sin embargo, el miedo no nos hace “ver” la exclusión. El miedo sólo nos conduce a temerla. Y el temor es siempre, de una u otra forma, aliado del olvido, del silencio.

El miedo “aquí en el Sur” es, casi siempre, un subproducto de la violencia. Una violencia cuya vocación es ocultarse, volverse invisible a los ojos de los que la sufren, o presentarse de forma edulcorada en los discursos de la élite que la produce (Pinheiro, 1998)

La mirada normalizadora

(...)Conviene asimismo aclarar que esta transparencia no se produce de forma pasiva sino mediante la aceptación, en gran medida activa, de los propios “incluidos”. La naturalización del infortunio vivida por muchos, nunca es producto de causas naturales. Se trata de una construcción histórica, ideológica, discursiva, moral. Una construcción que tiende a imbricarse en la mirada cotidiana tornando los acontecimientos pasibles de una invisibilidad artificial, aunque no por eso menos poderosa. Nadie ve nada, nadie tiene que ver con nada, nadie sabe nada. El silencio todo lo invade.

Y cuando las cosas se ven, cuando se tornan inexcusables, cuando todos saben todo y nadie dice nada, la mirada cotidiana las vuelve ajenas, las aliena: “problema de ellos”, “se lo merecen”, “algo habrán hecho”. (.....)

De cierta forma, es posible reconocer que lo que distingue lo visible de lo invisible es una determinada jerarquía de valores, una cierta organización de sentidos. La mirada cotidiana opera movida por la selectividad de la conciencia moral.

Determinados acontecimientos se tornan chocantes, agradables, indignantes o placenteros, cuando entran en conflicto o van al encuentro de valores instituidos social y subjetivamente.

La selectividad de la mirada desmemoriada es implacable: dos pies descalzos no son dos pies descalzos, Uno es el pie de un niño.

El otro, es un obstáculo.

ⁱ •Pablo Gentili es profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Autor entre otros, de *Poder económico, ideología y educación* (Miño y Dávila, 1994); *Cultura, política y currículo. Ensayos sobre la crisis de la escuela pública* (con Tomaz Tadeu da Silva y Michael Apple, Losada, 1997); *Pedagogía de la igualdad. (Siglo XX! 2011) entre otros.*